

TOMÁS VILLÉN ESTREMER



LAS AVENTURAS DE
HERMENEGILDO ESTREMER

*Militar, explorador y político español
del siglo XVIII*



Capítulo 1

Recluta Volante a los 14 años

Era un cortijo grande, con varias dependencias desparramadas alrededor, donde vivían los servidores y algo más alejados, los animales.

Todos se afanaban en sus quehaceres; los amos con las ordenanzas, las ganancias y los papeles; los servidores domésticos en las cocinas, en la limpieza y en las habitaciones de las señoras, atendiéndolas en lo que les solicitaban.

La mayoría de los hombres labraban los campos, ayudándose de los animales y los aperos adecuados. Sembraban trigo, cebada y maíz. Al fondo se veían olivares, viñas y algunos cerezos, entre los regatos del río Víboras, especialmente crecido por las lluvias de los últimos meses.

La tranquilidad que ofrecía el ambiente no sosegaba en absoluto a Hermenegildo, un muchacho de menos de quince años, último hijo de don Félix de Estremera y doña Juana del Castillo.

Estaba inquieto porque sabía que el último grupo de reclutamiento para la guerra con Portugal finalizaba su estancia en Alcalá la Real al día siguiente.

Había intentado convencer a sus padres para que le permitieran enrolarse y marchar hacia Jaén a engrosar el regimiento que se estaba formando y luego a Portugal, a luchar contra los separatistas.

—Es inútil que insistas, hijo. No tienes necesidad de alistarte como soldado. En breve tendremos el resultado de las gestiones que está realizando tu tío Tomás en Madrid para que ingreses en la

Academia Militar de Avila —le aconsejaba su padre, entendiendo el interés de su hijo por la Milicia.

Doña Juana, su madre, le aconsejaba cariñosamente que controlara sus impulsos y tuviera paciencia. No aprobaba separarse de su hijo de menos de quince años para que fuera a la guerra.

Juan, su hermano mayor, tenía veintitrés años, no decía nada, envuelto como estaba en la conducción de la enorme finca, como en la caza, que era su afición principal. Su hermana Virtudes, con dieciocho años, estaba en Granada terminando su formación en el Convento-Colegio de las Carmelitas.

Hermenegildo había resuelto ya su alistamiento, haciendo caso omiso de las recomendaciones de su familia. Estaba reuniendo dinero y equipaje para desplazarse hasta Alcalá la Real, distante cinco kilómetros, aquella misma noche para sentar plaza, unirse a los demás enrolados de la comarca y partir a primera hora para la guerra.

Ya lo había pensado todo. Diría que tenía más de dieciséis años y se apuntaría con nombre y apellidos distintos. Creía que no sería necesario nada más. Ni en qué condiciones se enrolaba, ni el tiempo por el que firmaba. Las normas, la preparación, el manejo de las armas...

Estaba dispuesto a todo. Dejar aquella paz. Aquella tediosa tranquilidad. Deseaba ejercitarse en las armas, en progresar en la Milicia. En ganar la guerra.

El camino hasta Jaén fue tranquilo, tanto por la poca velocidad del carro, tirado por mulas, como por la carencia de acontecimientos.

Cerezos y olivos por todas partes hasta llegar a Alcaudete, y después los enormes valles cargados de olivares hasta Martos, donde se detuvieron para recoger comida que, repartida en el carro, era degustada allí mismo, sin bajarse siquiera.

Hermenegildo ya había hecho un viaje a Jaén, pero en la diligencia, con más comodidades y mejor compañía. Pero estaba contento con la aventura iniciada y con sus nuevos camaradas, deseando estar

preparados, cuanto antes, para ir a la guerra contra los portugueses, los ingleses o los que fueran.

Anocheciendo llegaron a la capital de la provincia y los acantonaron en un pabellón construido en las estribaciones del Castillo de Santa Catalina. Allí encontraron recién llegados de todas partes. Serían más de ochocientos los reunidos, y enseguida les llamaron a formar, les asignaron sus compañías y regimientos y les leyeron sus deberes y trabajos en el alojamiento provisional, hasta que el mando dispusiera lo contrario.

Le indicaron dónde dormiría su regimiento, el 4º de Infantería.

Conoció al sargento José Mata, que sería su jefe inmediato, el cual le causó buena impresión. Le incluyeron en la escuadra formada por Justino, Manuel, Rogelio y José María, de los que sólo uno era alcalaíno, Manuel Gómez. Los otros tres eran el castillero Rogelio Contreras y dos de Priego de Córdoba, un pueblo también muy cercano a Alcalá...

Les dieron dos mantas y se acomodaron, con lo poco que llevaban, en el lugar asignado para pasar la noche. Repartieron un potaje de garbanzos y una naranja a cada uno y les prometieron que, al día siguiente, les entregarían el uniforme y el armamento.

Aquella noche Hermenegildo no la pasó mal. Era verdaderamente incómodo para quien antiguamente había dispuesto de un dormitorio propio lleno de cojines y almohadones, pero estaba tan lleno de ilusión por el primer paso dado hacia la aventura y la guerra que todo lo soportaba bien.

El sonido de la trompeta lo despertó a las siete de la mañana, y diez minutos más tarde ya estaba dispuesto para lo que mandara el sargento Mata. Algunos no iban tan de prisa, y había que despertarlos, pero más o menos bien, todos estaban listos para comenzar la jornada.

De inmediato, el sargento pasó revista. Llevaba una hoja de papel con el historial reducido de cada recluta y le iba asignando sus deberes y obligaciones.

A Hermenegildo, a pesar de su juventud, pero en vistas de su mejor preparación en relación con los demás, le nombraron de inmediato responsable de los otros cuatro reclutas y lo ascendieron a cabo.

Así que, cuando recibieron los uniformes y las armas, ya lo hicieron de forma organizada y en grupos de cinco soldados.

Para Hermenegildo verse comandando una fuerza de cuatro mozalbetes desbordaba su alegría y su ilusión, y atenuaba los recuerdos inevitables de su acomodada vida anterior.

Muy lentamente les enseñaron el manejo de las armas y las normas, rígidas, de la disciplina y del cumplimiento inmediato de las órdenes que les darían sus superiores.

Las armas eran muy simples: un mosquete o escopeta de carga por el cañón, un cuerno para la pólvora, una bolsa de cuero para las balas, una cajita para las cerillas y un paño para mantener siempre limpio el mosquetón.

Además, les entregaron un machete y su vaina de cuero y les enseñaron cómo debían prenderlo en el cinturón.

Haciendo instrucción, aprendiendo a convivir y a manejar las armas estuvieron concentrados tres semanas, durante las cuales siguieron llegando reclutas hasta completar el batallón: el Batallón de la Victoria, cómo ya le llamaban pomposamente todos los soldados de la provincia de Jaén.

Un mes después emprendieron la marcha a pie, desde Jaén a Sierra Morena. El plan era entrar a Portugal por Córdoba, Fuenteovejuna, Almendralejo, Mérida y Badajoz. Allí el batallón recibiría órdenes nuevas.

En este trayecto emplearon diez días, durmiendo al raso todas las noches y alimentándose tanto de lo que les daban los rancheros, como de lo que les entregaban por todos los pueblos por los que pasaban: hogazas de pan, chorizos, morcillas, tocino y mucha fruta.

Estaban contentos. En breve entrarían en Portugal y lucharían por las Españas.

Hermenegildo soñaba despierto con la grandeza de su porvenir. De su cortijo en el término de Alcalá se acordaba muy poco. Diligente, como se esforzaba por ser, atendía a las ordenanzas desde la primera hora de la mañana.

Los cuatro reclutas que estaban a su cuidado eran los primeros en formar para pasar lista, bien puesto el uniforme, firme el tricornio y las armas listas y limpias.

Era el primero en dar el parte, en recoger la orden del día y, por supuesto, el primero en ponerla en práctica.

En formación de combate, el Batallón de la Victoria, junto a seiscientos hombres más, entró a Portugal por la ciudad de Elvas, donde las avanzadillas les informaron de que las primeras fuerzas anglo-portuguesas esperaban a las españolas en las estribaciones de la ciudad de Estremoz.